

prendieron en aquella época para libertar á México del terrible azote de las inundaciones.

Enrico Martin se immortalizó con su obra, y pudo ser más benéfica, si en vez de aceptar el proyecto que ejecutó, se le hubiera aprobado el otro más grandioso que concibió y propuso, consistente en un socavón de mayores dimensiones y de un *radier* más profundo, unido á un gran canal que, partiendo del lago de Tetz-coco y atravesando los de Xaltocan, San Cristóbal y Zumpango, hubiera desaguado á la vez todos estos vasos y constituido en resumen el desagüe general del Valle.

Sin embargo, limitado como fué su proyecto, estuvo sabiamente concebido y rápida y maravillosamente ejecutado, como dice Humboldt. La naturaleza del terreno y la configuración del Valle, circundado de montañas por todos lados, hacían indispensable una horadación ó rotura subterránea para dar salida á las aguas.

El problema habría sido resuelto de un modo más completo y más durable, dice el mismo sabio escritor, si se hubiera comenzado la galería en un punto más bajo, es decir, de tal manera que correspondiese al nivel del lago más inferior, y si á la galería se le hubiera dado el corte elíptico y revestido con una pared con bóveda también elíptica. (1)

Pero sean cuales fueren los errores en que incurrió Enrico Martin, los beneficios que con su obra se hicieron sentir en las inundaciones posteriores á su muerte, y los obstáculos naturales que en tan breve tiempo supo salvar en medio de la grito canallesca de sus émulos, que, ó ignorantes ó apasionados, lo calumniaron hasta conducirlo á las prisiones, y le acibararon sus postreros días hasta llevarlo al sepulcro; bien merecen aquellos beneficios recibidos y estos obstáculos vencidos, el monumento que la gratitud mexicana ha consagrado á tan sabio como benéfico varón. (2)

(1) *Ensayo político de la Nueva España*, libro III, cap. VIII.

(2) De las obras emprendidas por Enrico Martin, todavía hasta Diciembre de 1898, según informe que nos suministró el Sr. Ingeniero D. Luis Espinosa, se conservan las siguientes ruinas, entre otras que no asumen gran importancia: En el punto llamado El Nopal, y como á un kilómetro río abajo, hay una bóveda en el lecho del río, enterrada en los azolves y escombros procedentes de los derrumbes de los taludes, por cuyo motivo no es visible. Existe también allí una cortina de mampostería de 0^m86 de ancho por 140 metros de largo. En el interior del Tajo de Nochistongo existe en su fondo otra bóveda que sí es visible, llamada *Bóveda Real*, con una longitud de 40 metros. Al Oriente se halla una mampostería de 67 metros de largo, con una compuerta de 6^m80 sin través.

VIII

Preámbulo.—El sumidero ó resumidero de Pantitlán.—Lo propone el P. Calderón al virrey como un desagüe natural.—Quién suministró al P. Calderón la noticia de su existencia.—Informaciones de testigos antiguos sobre el sumidero.—Aseguraron que servía para evitar las inundaciones.—Que estaba situado entre los dos Peñoles.—Pormenores para abrirlo y cerrarlo.—Pinturas jeroglíficas que presentó el P. Calderón.—Descripción de la primera pintura anterior á la Conquista.—Preguntas que se le hicieron al indio Francisco Hernández y lo que contestó.—La segunda pintura posterior á la Conquista.—Leyenda en mexicano que la acompañaba.—Sucesos consignados en ella hasta el año de 1620.—Carta del P. Carochi sobre el sumidero.—Texto de la obra del capitán Vargas Machuca sobre el mismo asunto.—Lo que dice el P. Sahagún.—Sacrificios que hacían los indios en aquel sitio.—Ubicación del sumidero según dicho P. Sahagún.—Lo que refiere el P. Durán.—Relato de Tezozomoc.—Visita á las obras del sumidero, decretada por el virrey.—Lo que resultó de ella.—Informe del Ayuntamiento.—100,000 pesos de albricias al que descubriera el sumidero.—Si existió un sitio llamado Pantitlán, no fué sumidero, ni se sabe con certeza dónde estuvo.—Ubicación que le dió el Sr. Ramírez.—La opinión de Humboldt sobre la imposibilidad de la existencia de un sumidero en el Valle de México.—El sumidero de Tequixquiac.—El del pueblo de Santa Catarina.—Proyecto extravagante presentado en 1866.—Reflexiones y conclusión.



LA historia del desagüe que venimos escribiendo, como todas las historias, tiene su parte de leyenda, y vamos á consagrarle del todo el presente capítulo, para satisfacer la curiosidad del lector, pues estamos casi convencidos de la imposibilidad de un desagüe natural en el Valle de México, y de las fábulas que al través de los tiempos se han transmitido sobre el asunto.

Para proceder con orden, hablaremos primero de cómo se tuvo noticia del portento; después mencionaremos las noticias que suministran la tradición, las pinturas jeroglíficas y las historias publicadas por antiguos cronistas, y por último, citaremos las diligencias practicadas para inquirir el sitio de aquel prodigioso desagüe natural.

Tal vez se nos censure el ser difusos en un asunto tan quimérico; pero la curiosidad y lo entretenido de la materia, servirán de descanso al que venga leyendo esta historia, de suyo árida, y el lector científico puede pasar por alto este capítulo, si no quiere gas-

tar su tiempo enterándose de leyendas tan atractivas para el común del vulgo, ávido siempre de lo fantástico.

Cuando la gran inundación de 1629 llegaba á rebosar sus límites en el año siguiente de 1630, por las fuertes y nuevas lluvias que á la sazón cayeron, haciendo subir media vara las aguas que anegaban á la ciudad, muchos y diversos proyectos se presentaron para acudir al remedio, y entre otros el P. Francisco Calderón, de la Compañía de Jesús, dió cuenta al virrey con uno basado en caracteres y pinturas de la gentilidad de los indios, quienes también por tradición lo aseguraban; el cual proyecto consistía en buscar un lugar situado en la laguna de México, entre los dos Peñoles, el de los Baños y el del Marqués, por donde las aguas se evacuaban todas; no pudiendo entonces efectuarse esto «por estar cerrado y sin respiracion» aquel conducto.

A este desagüe natural llamaban resumidero de la laguna, más brevemente *sumidero*, y ya puede calcularse la importancia é interés que despertaría tan estupenda noticia en aquella época de credulidad, y en situación tan difícil como era por la que atravesaban los afligidos habitantes de la «Muy Noble y Leal Ciudad de México.»

Cómo había averiguado ó sabido el hecho el buen P. Calderón, lo refiere en estos ó semejantes términos un antiguo manuscrito, aunque ya posteriormente impreso.

Por mediados del mes de Octubre de 1630, vivía en México el Br. D. Bartolomé de Alva, sacerdote y gran conocedor de la lengua náhuatl, que por línea materna descendía de los reyes indígenas de Tetzco.

Un día fué á visitar á su maestro el citado P. Francisco Calderón, y tratando varias materias, le dijo que se ocupaba entonces en predicar á los indios en la iglesia de San Antonio, quienes le oían con gusto por hablarles con afecto y en su propia lengua, y que entre otras pláticas que había tenido con los dichos indios, le había ocurrido preguntarles si tenían noticias de que la laguna de México tuviese desagüe, y dónde estaba, á lo que respondieron que sí sabían por tradición que existía un desagüe, y que el que podía informar de ello, era un mexicano llamado Francisco Hernández, que

vivía en aquel mismo barrio de San Antonio, y el cual entendían poseía pintura de lo que se deseaba saber.

Vióse D. Bartolomé de Alva con el mexicano Francisco Hernández, le dijo declarase lo que sabía acerca del desagüe natural de la laguna; hízose el interrogado el desentendido procurando no contestar sino con evasivas, hasta que obligado indicó el sitio en que se hallaba el desagüe, costando el mismo trabajo y resistencia el que mostrase los papeles en que apoyaba su dicho, hasta que facilitó una curiosa pintura de México, su lago y sumidero, con la explicación correspondiente que hizo de palabra.

Habiendo escuchado de labios de D. Bartolomé de Alva la antecedente narración, el P. Francisco Calderón le pidió la pintura que estaba en poder de aquél, y le pareció todo tan ajustado á la verdad, que convencido de ella, y practicadas las diligencias de que hablaremos en seguida, se decidió á dirigirse al virrey comunicándole su descubrimiento.

La tradición conservada sobre el asunto la encontró confirmada el P. Calderón, al parecer, con los testimonios de varios testigos, que declararon sin saber unos y otros sobre lo que se les iba á preguntar. El primer testigo, mexicano, de 80 años de edad, dijo: «que de su padre que había sido Mayordomo de Motecuhzoma y de otros individuos, sabía que la laguna tiene unos resumideros, y que el principal se llama Pantitlan; y que él había visto desde lejos remolinear el agua, y sería el remolino como media cuadra, y á esta causa, los que navegan por aquella parte se retiran del puerto por no ahogarse.»

«Item: que una acequia antigua que corría de Oriente á Poniente, cuyo principio era á la parte del Sur de Chapultepec, y pasaba por el puente de San Antonio, iba encaminada al desagüe: esta acequia se cebaba de los ojos de agua que tiene Chapultepec, y vertientes de aquellos egidos altos, y así era como un río perpetuo: tenía plantados á sus orillas muchos sabinos en tiempo de la gentilidad.»

«Item: que tenía noticia, habían los antiguos cercado de estacada el resumidero, porque no les faltara agua de la laguna; pero no sabía si el sumidero estaba cercado actualmente.»

«Item: que en tiempo del señor virrey D. Luis de Velasco, el primero de este nombre, vió inundarse esta ciudad, de suerte que andaban canoas por la plaza, y que cuidadoso el señor virrey preguntó á un clérigo bachiller, «qué remedio tendria aquella agua, y cómo se podria desaguar la ciudad,» dió por respuesta á S. E. llamase los principales mexicanos, que ellos repararian el daño: llamóles, y propuesto el cuidado en que se hallaba, respondieron no tuviese S. E. pena, que el agua se iria por donde se vino. Haciéndoles nuevas instancias sobre el modo de desaguar la ciudad dijeron que en la laguna estaba el desagüe. Mandó el señor virrey le llevasen al puerto; previnieron canoas, fueron á la laguna: llegaron á vista del remolino, y desde allí arrojaron un manojo de hilo atado, y el remolino trajo á la redonda el manojo, y en llegando al centro del remolino, se enderezó y sumió que nunca más pareció. Entonces dijo el virrey: «grandes hombres son los mexicanos; no hay esto en mi tierra ni en el mar que he navegado:» preguntado qué tiempo habia durado aquella inundacion, dijo «que seis meses.»

Otro testigo, que fué un mexicano principal, aseguró que oyó decir á D. Fernando, nieto de Motecuhzoma, que un rey de los mexicanos mandó hacer su retrato, lo arrojó en el sumidero de Pantitlán, avisó primero por los pueblos por donde corrían ríos grandes estuviesen en observación, por si salía en alguno de ellos, y que en efecto salió hasta Orizaba.

Otro testigo de más de setenta años, de color pardo, dijo: «que ha mas de 52 años que habia visto la laguna seca, yéndose á holgar con otros amigos dos ó tres veces hácia la parte que llaman Pantitlan, entre los dos Peñoles, de agua caliente el uno, y el otro que unos llaman Xico y otros Tepepolco, y mas cerca de este último vió una estacada, que rodeaba mas de cuarenta varas, y las estacas muy juntas, y el plan de la Oya estaba mas bajo que el de la laguna, por mas de una vara.»

«Item: vió en el plan de aquella Oya, hácia la mano derecha, como vamos de México, un ídolo de piedra de la estatura de un hombre alto. En aquellos lagunachos que alrededor habia, estaban pescando unos indios, que les preguntó qué estacada era aquella, y le respondieron era sumidero que tenia esta laguna, y que habia otros

dos por aquella cordillera, y el segundo que le señalaron desde allí distaria como dos cuadras del primero, y no pasaron á él por el lodo que habia en el medio; añadieron los indios que el Señor de Tetz-coco y el de México convinieron en cerrar aquellos tres sumideros, porque no les secase la laguna, y les faltase el pescadillo de ella.»

«Item: que habia tiempo de 40 años, que varias veces en tiempo de aguas se iba en canoa por aquella parte de la laguna, y los indios remeros le decian que se apartase de aquel paraje, no le llevase el remolino del sumidero, de suerte que hasta hoy es fama entre los indios, que aquel paraje es peligroso por el remolino de agua de aquel puerto.»

«Item: habiéndose hecho el desagüe de Huehuetoca, en tiempo del señor marqués de Salinas, hubo dos indios Nahuatlato, el uno llamado Martín Núñez, y el otro N. de Arroyo, que registraron ante S. E. los tres sumideros de la laguna; pidióseles que dieran informacion y la dieron con testimonio de muchos indios viejos, y presentaron pinturas en que estaban figurados los sumideros, con dos medias canoas, como para demostrar que las aguas de ellos se las tragaban, y el peligro que habia de pasar junto á esos lugares.»

Afirmó el propio testigo que el virrey Velasco habia enviado prácticos y buzos para cerciorarse de la existencia de la estacada, y que la hallaron en efecto, y preguntados los indios cuánto costaría el dejar listo el sumidero para que pudiera utilizarse, dijeron que como unos siete mil pesos, y aún sobraría dinero: que después fué nombrado el virrey Presidente del Consejo de Indias, que recogió todos los datos y pinturas, y que no sabe en qué paró el negocio: que el citado sumidero estaba como á una legua de la albarrada.

Otro anciano que alcanzó la época anterior á la Conquista, habiéndose encontrado con dos mancebos, el uno español y el otro indio, les contó que él recordaba la inundación del tiempo de Motecuhzoma, que duró de 15 á 16 días, que él sabia á Pantitlán, situado entre los dos Peñoles, y que les ofrecía llevarlos si querían. Preguntado cómo se abría el sumidero sin peligro de que muriesen ahogados los que lo ejecutasen, respondió: «Iban unos indios en

una canoa, y en llegando á vista del sumidero en debida distancia que no llamase el remolino cuando abriesen, hincaban una buena estaca en la laguna y á ella amarraban la canoa, con que la aseguraban; luego el buzo que habia de abrir el desagüe, sabia que tenia dos ó tres vigas que servian de puerta, en la forma siguiente: las unas cabezas estaban atadas con fuertes cuerdas al modo de goznes, las otras cabezas estaban atadas con unos cordeles ó mecates, los que cortaban por esta parte, y el golpe del agua levantaba las vigas que quedaban estacadas por la otra parte: salida el agua, volvian luego á estacarlas como estaban antes. Al dicho buzo lo ataban por los pechos con un cordel largo, arrojábase de la canoa al agua, é iban dándole cuerda los de la canoa, y llegado cortaba con presteza los cordeles, y con la misma, ayudado de los de la canoa que tiraban del cordel con que estaba atado, lo retiraban del remolino que luego hacia el agua, entraba en la canoa y volvian á sus casas.»

Otro anciano indio, preguntado sobre el asunto, aseguró: «que conocia el sumidero llamado como queda dicho, situado entre los dos Peñoles, que funcionaba perfectamente antes, y no ahora, tal vez por hallarse enzolvado: que estaban en el plantados dos idolos, uno en figura de hombre y otro en la de mujer, mirando el uno al otro de Oriente á Poniente, y entre ellos se encontraban las vigas que sierran el desagüe que corria de Norte á Sur, y que las últimas del Oriente servian de puerta, se levantaban por la del Norte y pendian de la del Sur: que la cueva por donde entraba el agua era de peñasco: que conocia el lugar y podia guiar á él.»

Fué también examinado para declarar el Sr. D. Antonio Ortiz de Zúñiga, racionero de la Catedral de México, quien dijo: «que siendo niño de diez años, yendo con su maestro el Racionero Lázaro del Alamo, ahora 64 años, á hacer una diligencia á Xochimilco en una canoa fuerte, con seis diestros remeros escogidos para el efecto, acaeció que dejando á mano derecha la albarrada, fueron atravesando para entrar en la acequia grande, y oyó muchos gritos de los indios remeros, diciendo: «tened, tened, que nos vamos entrando al sumidero,» y oyó un golpe grande de agua, como que caía en profundo. A las voces despertaron todos, por ir durmiendo, é hi-

cieron grandes diligencias poniendo la canoa de costado, por que la fuerza del agua se la llevaba por la punta, y haciendo esto con fuerza y maña, se fueron retirando poco á poco; y preguntóle su maestro que no entendia la lengua: «que decian los indios de la causa de aquel peligro,» les oyó platicar y decir que aquello era un resumidero de remolino, y que el agua, con la fuerza del remolino los llevaba al fondo, y los indios asombrados daban gracias á Dios por haberlos librado del peligro; y añadió, que aun estando bien desviados se oia el golpe del agua.»

Dejando ahora las tradiciones verbales conservadas en la memoria de los testigos que entonces declararon, hablaremos de las dos pinturas que consiguió el P. Calderón, á saber:

La primera, que proporcionó el indio Hernández, medía vara y media en cuadro, estaba hecha en papel de maguey, las figuras de diversos colores, revelando toda ella una antigüedad de más de 200 años, sin rastros de huellas cristianas, y representando á México y su comarca en la época anterior á la Conquista por los españoles.

Se figuraba á la ciudad por medio de un cuadro: la primera línea del Oriente corría de Sur á Norte y significaba el albarradón de San Lázaro: la segunda línea del Occidente iba desde Chapultepec hasta Tlatelolco: la tercera, del Norte, desde este barrio hasta encontrar el citado albarradón: la cuarta línea, del Sur, corría de Poniente á Oriente, en forma de una vistosa acequia, que arrancando de las vertientes de Chapultepec, corría por el ejido que mira hacia Tacubaya, pasaba cerca del puente de la iglesia de San Antonio, tocaba el albarradón de San Lázaro, proseguía hacia el Oriente, porque en esa fecha tenía la laguna como una legua, y remataba en el desagüe ó sumidero de Pantitlán.

«Esta acequia, dice una relación antigua, guarnecian sabinos sus orillas, rio perenne por pecharle á la continua los manantiales de Chapultepec, así el que brota el haz del cerro, como el del lado de la alberca, y aquí guiaban las vertientes de aquellos altos, seguro de inundacion de este lado, porque iban las aguas por la caja de la acequia, hasta el resumidero que está pintado entre los dos Peñoles que inclina mas al del Sur: tiene pintados en la boca re-